

nos. Siempre que no se les designa con el suyo específico, se les llama 'élá ó 'allá, plural 'élim, ó 'élon, 'allón. Diferénciase generalmente 'élá y 'élon, como terebinto, de 'allá y 'allón, la encina; es, sin embargo, muy cuestionable la exactitud de esta distinción. Cierto que tanto el terebinto como la encina aparecen como árboles sagrados, mas ambos pueden designarse con cualquiera de estas palabras, siendo además probable que la diferencia entre 'élá y 'allá, 'élon y 'allón sea artificiosa é introducida en tiempos posteriores (1). Así vemos que al árbol sagrado junto al sepulcro de José, en Si- quem, se le llama 'élá en Gén., 18, 6; 35, 4, y 'allá en Jo- sué, 24, 20 y siguientes, como también que el 'élon bajo el cual, según Gén., 35, 8, está enterrada el ama Débora, aparece como sauce en Jueces, 4, 5. Por otra parte, la correspondiente palabra arameica 'ilán se ha convertido en el nombre del árbol en general. Ahora bien: no es posible dejar de reconocer en 'élá, plural 'élim, un *nomen unitatis* de 'él, Dios, espíritu, y en 'élon un adjetivo de 'él; son, pues, designados así los árboles sagrados en el concepto de árboles de Dios ó de los espíritus, lo cual viene á estar plenamente confirmado por el hecho de que los fenicios usan la palabra correspondiente para nombrar á los dioses (¿ó á los géneos?) (2).

Hase conservado igualmente un indicio muy claro de que el antiguo Israel se figuraba ciertas fuentes como habitadas por espíritus y de que esta creencia dió precisamente origen á su veneración. Cuando Nehemías emprende su excursión nocturna para examinar los muros de Jerusalem (2, 13 y siguientes), sale por la puerta del Valle en dirección á la fuente del Dragon. Alúdese á la fuente de María, que se llamaba del Dragon porque se creía que el espíritu que la habitaba se aparecía, según concepto muy extendido en toda la tierra, en figura de una culebra acuática (3).

Pero donde se manifiestan con la mayor evidencia las ideas primitivas, es en la adoración de las piedras sagradas (4), siendo desde luego muy significativo el nombre que lleva el santuario más célebre de Israel, *Be'el-el*, esto es, casa de un *El*. Las frases del Gén., 28, en que se nos refiere que Jacob levantó y ungió con óleo la piedra sobre la cual había dormido y tenido aquel sueño milagroso, esto es, que le dió un sacrificio, suponen desde luego que un número que habitaba en la piedra había originado el sueño. De Fenicia se propagó hácia el Occidente la creencia de que existían tales piedras habitadas - ó, para expresarnos como Filon Biblio, animadas - por espíritus, que protegían, auxiliaban y servían de oráculo á sus dueños y portadores. Con esta creencia se comunicó también el nombre (5), si bien no hay duda que ya era conocida allí, aunque tal vez en forma algo distinta. Cuando hubieron triunfado las deidades celestes como dioses nacionales y del Estado, era natural que se manifestase la necesidad de armonizar aquella creencia y el culto basado en ella con el de los nuevos dioses, y se consiguió admitiendo que aquellas piedras eran imágenes de estos caídas del cielo (6).

(1) Por medio de la simple escritura de consonantes no es posible diferenciar una de otra estas palabras.

(2) En el *Póculo*, acto V, escena I, aparece Hannon implorando «á los dioses (*alonim*) y á las diosas (*alonas*) que habitan este lugar,» para que permitan que su misión tenga feliz éxito.

(3) Quizá pudiera interpretarse en igual forma el nombre del lugar Ba'alat Be'er.

(4) Muy extendida en toda la tierra; especialmente en Siria, en la península asiática, en Grecia y en Italia encontramos abundantes ejemplos, que ya en tiempos muy anteriores llamaron la atención de los dedicados al estudio de la antigüedad, si bien al principio fué muy parcial el que se hizo de «las piedras caídas del cielo.»

(5) En griego: *baitylon* (diminutivo), en latín: *baetulus*.

(6) La imagen de la diosa de Pafos, por ejemplo, es una piedra có-

Ya hemos visto que en Israel habían sido toleradas estas piedras sagradas, relacionándolas unas con apariciones divinas y otras con sucesos importantes de la historia nacional. Mas la significación primitiva es indeleble allí donde la misma piedra sirve de altar y se ha sacrificado encima de ella. Piedras legitimadas por medio de apariciones de Dios, son, además de la de Bet-el, la de la era de Ornan, la de Ofra y la situada entre Sor'a y Eschta'ol; la primera fué consagrada por medio de un sacrificio de aceite, y las otras tres lo fueron por sacrificios de sangre. La piedra sagrada que dió su nombre al santuario de Maseba, en Gilead, aparece legitimada por el sacrificio que hacen Jacob y Laban con motivo de su pacto (Gén., 31, 45, 51 y siguientes). Otra piedra sagrada debe la confirmación de su santidad al hecho de haberla destinado Saul á servir de altar, cuando el pueblo, cansado de perseguir al enemigo, comete pecado comiendo carne no sacrificada (1. Sam., 14, 33). Es tolerada la que está junto á Bet-Schemesch (7) porque la leyenda refiere de ella que las vacas que transportaron el Arca de la tierra de los filisteos á la de Israel se pararon junto á ella y fueron sacrificadas allí (1. Sam., 6, 14 y 15).

En el Arca tenemos la prueba más fehaciente de la creencia del antiguo Israel en piedras habitadas por deidades. El Arca de Jehova (8) no puede ser considerada bajo distinto punto de vista que las sagradas que encontramos en otros pueblos antiguos, como, por ejemplo, en los egipcios, etruscos, troyanos y griegos (9). Estas arcas encierran imágenes de dioses ó fetiches (10), y esta sola circunstancia basta de por sí para quitar todo carácter de credibilidad á la afirmación de que aquella contenía dos tablas de la Ley, depositadas en ella por Moisés. Los efectos que en dos ocasiones produce el Arca solo se explican si se supone á Dios habitando en ella, y así en 1. Sam., 4, su traslación al campamento se interpreta como que Jehova ha llegado allí. Además, es evidente que nadie ha visto las tablas de la Ley que debían estar guardadas en el Arca, pues de lo contrario no se indicaría tan diversamente el contenido de estas tablas en Ex., 20 (E.) y en Ex., 34 (J.) (11). Ambos decálogos revelan por otra parte con harta claridad un origen más moderno (12), y no hay duda que es contraproducente conservar encerradas tablas de una ley y guardar el receptáculo que las contiene en el lugar más sagrado del templo.

Sin embargo, no es posible que la tradición de que en el Arca se encontraban tablas de piedra careciese de todo fundamento, y este fundamento, en el supuesto de que deba ser considerada más moderna la referencia á la legislación mosaica, solo pudo consistir en que realmente el Arca encerrara

nica; una piedra también la imagen llevada á Roma de la Cibele de Pesino; hasta el mismo Eros y las Caritinas se nos presentan como piedras; Preller: «Mitología griega,» tomo I, pág. 395. Véanse, asimismo, las *silices* del Júpiter Feretrio.

(7) Que allí existió un antiguo santuario, se desprende así del mismo nombre (casa del sol), como también de que este lugar aparece después como ciudad levítica (Josué, 21).

(8) El nombre de «Arca de la Alianza» procede en todos los escritos más antiguos de reformas posteriores.

(9) Véase la enumeración que precede á las desacertadas conclusiones de Baehr, en: «Simbolismo del culto mosaico,» tomo I, págs. 482 y siguientes.

(10) A las cuales corresponden los modernos escaparates de santos y reliquias.

(11) R. estuvo muy poco afortunado en pretender remediar esta tradición haciendo destruir por Moisés en un rapto de ira el decálogo más moderno - que fué el del judaísmo posterior y es, por lo mismo, el de la iglesia cristiana - y sustituirlo por el más antiguo; Ex., 34.

(12) El más antiguo presupone en todas sus prescripciones referentes al culto, la morada y la vida agrícola en la comarca occidental del Jordan.

piedras. Si la presencia del Arca significa la de Jehova, y el local del templo en que se encuentra solo puede ser interpretado, por analogía con los paganos, como la habitación del Dios adorado en él, las piedras debieron de ser consideradas como llevando en sí al mismo Dios. Es evidente que semejante concepto no concuerda con el primitivo del Dios del Sinaí, y que en esto ha habido también amalgama con antiguas creencias.

Esta adaptación á Jehova se explicaría fácilmente si el contenido del Arca consistía tal vez en meteorolitos, que podían ser relacionados con el dios del rayo, y con esto concordaría además el hecho de su conservación en una caja ó arca en vez de rodearlos de muros; así serían de más fácil transporte, para poder llevarse en todas las expediciones, siendo creencia muy general en aquellos tiempos que semejantes piedras eran agentes misteriosos de la victoria sobre los enemigos (1). Así, pues, el Arca con sus piedras, para la cual fué edificado en Silo el santuario israelita más antiguo y á la cual custodiaba el linaje de los elidas, que se hacía derivar de Moisés, habría de ser considerada como un paladion guerrero de los josefitas ó de la tribu josefita de Efraim, cuyo santuario estaba en Silo.

Así como entre los antiguos griegos, del culto de las piedras y de los árboles sagrados procedieron los Hermes y los postes sagrados (*Xoana*), del mismo modo tuvieron igual origen entre los antiguos israelitas los dos atributos del culto, la *masséba* ó columna sagrada y el *aschéra* ó poste sagrado. Mas desde este punto no se siguió ya el procedimiento griego para llegar á desarrollar la imagen del dios; y así, mientras en Grecia se añade al majano una cabeza y un falo y de esta manera se forma la figura usual del Herma ó Hermes, y se origina luego la pilastra, que está demostrado que fué también la imagen más antigua de Apolo, de Diana, de Minerva y de Ceres (2); y mientras que del poste sagrado, añadiéndole la cabeza y los miembros y vistiéndolo, se desarrolla la imagen de madera del dios, Israel no pasa más allá de la columna y del poste, y durante mucho tiempo está prohibido representar la imagen de Dios, si bien se permite levantar columnas y postes (3). Parece, además, que ni siquiera había una determinada forma general para estas columnas, pues que figuran también como massebas, piedras que, por lo que se puede deducir de lo referido en sus respectivas leyendas, no pueden haber tenido más formas que la que les dió la naturaleza, como la de Jacob en Bet-el y las de Gilgal, que según Josué, 4, 3 y siguientes, fueron sacadas del Jordan. No tenían, pues, las piedras sagradas una forma especial que las diferenciara de otras piedras, y lo que les daba el carácter de masseba era su erección en un sitio público, para que pudieran ser adoradas, sin permanecer en el suyo primitivo, ni estar encerradas en un templo ó receptáculo cualquiera. Así se explica que las piedras sagradas sobre las cuales sacrificaban los antiguos árabes y que carecían igualmente, por lo que sabemos, de forma determinada, sean designadas con la palabra *'ansáb*, derivada de la misma raíz semítica. Es de suponer, sin embargo, que tam-

(1) Véase lo que se dice acerca de la *gemma Ceraunia* en Plinio, N. H. 37, 9.

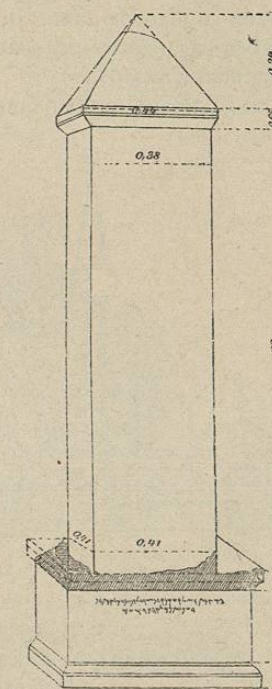
(2) Véase Preller: «Mitología griega,» tomo I, págs. 309 y siguientes; Schoemann: «Antigüedades griegas,» tomo II, págs. 172 y siguientes; Bötticher: «Culto de los árboles,» págs. 13 y siguientes, 75, 226 y siguientes, y los grabados 43 y 44. Está demostrada la existencia de imágenes vestidas de deidades en toda la antigüedad y en las más distintas partes del mundo, costumbre que vemos perpetuada en los santos católicos, que ostentan ricos trajes.

(3) La imagen de fundición aparece ya prohibida en Ex., 34, mientras que solo en el Deuteronomio se ven condenadas las columnas y ascheras.

bien en estas cosas los fenicios, más adelantados en el culto de las artes, ejercieran su influencia en sus más atrasados compatriotas, y que en tiempos posteriores se diera á las massebas en Israel la misma forma que tenían entre los fenicios. El adjunto grabado representa una pilastra dedicada á Eschmun y descubierta en Chipre, según la reconstrucción indicada en la Revista (D. M. G.), XXXIV, pág. 276.

Sin embargo, debemos representarnos las massebas de los grandes santuarios de la época primitiva, como piedras toscas é informes, como lo eran también las más veneradas imágenes de los dioses griegos y de la antigüedad en general.

La erección de una columna ó de un poste junto al altar de Jehova solo pudo interpretarse primitivamente en el sentido de que Dios, á quien se ofrecen sacrificios sobre el altar, reside en aquellos postes ó columnas como en su morada y



Reconstrucción de la masseba dedicada á Eschmun.

desde allí acoge los sacrificios; y que la masa del pueblo, aun posteriormente, lo entendía así, se desprende del pasaje de Jer., 2, 27 (4). Es evidente que esto no concuerda ni con las ideas de la religión de Jehova, ni tampoco con el hecho de encontrarse mencionadas mayor número de piedras sagradas correspondientes á determinados santuarios, como, por ejemplo, el de Gilgal. Deberá, pues, interpretarse esto último en el sentido de que aquel lugar de culto, antes de serlo de Jehova, lo había sido de varios dioses ó espíritus, como se han conservado, asimismo, massebas fenicias dedicadas á distintos dioses (5).

Es tan cierto que las columnas eran atributos de todo punto compatibles con la religión y hasta indispensables en los santuarios, que el Libro de la Alianza, Ex., 24, 4, refiere que cuando hubo de jurarse la alianza hecha en el Sinaí, Moisés levantó un altar y doce columnas, una por cada tribu de Israel, y tanto Oseas (3, 4, 10, 2) como Isaías (19, 19) afirman igualmente que son tan necesarias para el culto como los altares.

(4) Jer., 2, 27: *Que dicen al leño: Mi padre eres tú; y á la piedra: Tú me has engendrado.*

(5) Con frecuencia al *Ba'al hammán* (Baal del sol), por lo que en tiempos posteriores se llamaron á las columnas israelitas *hammánim* con objeto de tacharlas de paganas.

por efecto de una guerra de conquista, sino merced á una asimilación gradual de la población primitiva. Que Jehova alcanzara el dominio exclusivo en aquellos lugares de culto y que por él fueran abandonados los antiguos númenes, se explica, en primer lugar, porque no podían considerarse como objetos de veneración de igual categoría, y en segundo lugar, porque el carácter de Jehova como único señor de Israel imposibilitaba á los israelitas en sus alianzas y pactos reconocer á otro dios ó á otro demonio por señor y protector.

Ahora bien: considerados ciertos signos naturales en los antiguos lugares de culto como morada de los dioses, se comprende que aun posteriormente los israelitas careciesen en general de templos; porque un templo es la casa del dios, y presupone un fetiche mas pequeño, como el Arca ó una imagen de la deidad, que se guarda encerrada. Conténtase la época antigua con un altar junto al árbol, piedra ó fuente sagrados; el árbol y la fuente hasta pueden prescindir de altar mientras no haya que hacer sacrificios de sangre, y la piedra también, aun en este caso, pues, como hemos visto, puede servir de altar. Para la antigüedad, pues, la erección de un altar es lo que constituye la fundación de un lugar de culto, y así se desprende todavía, en general, de la leyenda de los patriarcas. Donde Jehova se ha dejado ver, allí levantan los patriarcas un altar, y de este modo constituyen en aquel lugar el culto de Jehova. De aquella época en que se podía hacer un altar de una piedra cualquiera levantándola como signo de la morada de un núnem, proviene probablemente la costumbre de erigirlo con piedras no labradas, como lo dispone el Libro de la Alianza (Ex., 20, 24 y 25), costumbre, sin embargo, no observada, como sabemos, en los santuarios reales. En estos se usaban altares de bronce, y habríamos de sospechar que en ello se había imitado lo hecho en los santuarios reales de otros países, si no lo hallásemos ya consignado por lo que se refiere á un caso (2. Reyes, 16, 10 y siguientes).

Sería interesante saber si también es tomada de otro país la idea de colocar remates á manera de cuernos en los cuatro ángulos del altar, pues los cornijales no solo son parte muy esencial de éste, según Amós, 3, 14, sino también la parte mas sagrada, ya que á ellos se abraza el que busca asilo en el santuario, y se untan con la sangre de la víctima en determinados sacrificios, si bien de esto solo testifica el ritual posterior.

Siendo, pues, la forma mas antigua del altar la misma piedra sagrada, se podría creer que la adición de los cuernos representa su transformación en imagen del dios, y en este caso habríamos de ver en ésta un resto rudimentario de la representación de Jehova en figura de toro.

En los templos del reino del Norte vemos á Jehova representado en figura animal; en Jerusalén el Arca sustituye á la imagen del toro, y el pueblo de ambos reinos creía en la presencia de Jehova en ambos objetos. La representación de Jehova en figura de toro puede atribuirse muy bien á copia de lo visto en otros pueblos, seguramente los cananeos ó los fenicios. De estos últimos tomaron los griegos el toro como forma de aparición de Baal y la vaca como la de Astarté. Así como la imagen del dios de madera ó de piedra se explica por la adoración de árboles y piedras sagradas, del mismo modo se ha de atribuir la que lo representa en forma animal al totemismo y al culto ó cuando menos al concepto sagrado de animales vivos, siendo el Egipto el país clásico de la zoolatría y de las imágenes de dioses en figura de animales. Ahora bien: el toro no se encuentra en estado bravo en la Palestina, y el nómada de ésta no puede dedicarse á su cría á causa de la escasez de agua en sus estepas. En los países

semitas el toro es el animal de la agricultura (1), y solo ésta podía concebir la idea de hacer del toro un animal demonio ó génio (2). Así se explica también el papel que representaba el toro (Apis, Mnevis) en el culto de los antiguos egipcios.

Esta figura de toro está condenada desde luego entre las de fundición por la primera ley de los diez mandamientos, circunstancia que tiene sumo valor religioso (3). Poseemos un testimonio histórico de imágenes de oro, ó cuando menos revestidas de una lámina de oro, en Samaria (Oseas, 8, 5, 6), Bet-el (Oseas, 10, 5; 1. Reyes, 12, 28 y siguientes; 2. Reyes, 10, 29) y Dan (Jueces, 18; 1. Reyes, 12, 28 y siguientes). Los profetas las llaman despreciativamente becerros y también becerros (Oseas, 10, 5). Eran de pequeño tamaño, seguramente á causa de lo precioso del material. Una condenación de esta imagen de Dios, que, según parece, tuvo su primer origen en el Norte de Israel, se encuentra ya en el relato de la fundición del becerro por Aaron y de la danza á su alrededor (Ex., 32).

En tiempo de Isaías gran número de particulares poseían imágenes de Jehova de oro y plata; ignoramos la forma que tenían, como también la de la imagen llamada *Ephod* y que existía así en el santuario de Micha, el eframita, como en el de Ofra y en el de Nob, según 1. Sam., 21, 10. De su mismo nombre, *ephod*, que significa «cubierta», «revestimiento» (4), se desprende que consistía en una figura de madera, barro ó metal ordinario revestida de hoja estirada de metal precioso (5).

El templo de Jerusalén no carecía, sin embargo, de imagen de Dios en figura de animal. Hasta la época de Ezequías se encontraba allí una serpiente de bronce, ante la cual sacrificaron los hijos de Israel hasta la reforma de Isaías (2. Reyes, 18, 4). La leyenda de las mordeduras de serpientes curadas mirando á una de metal puesta en la bandera (Núms., 21, 5 y siguientes), sirve para concordar este culto con la religión de Jehova. Careciendo de todo otro detalle, no es posible expresar juicio alguno acerca de la significación de este culto (6), esto es, si proviene del de la serpiente celeste, del espíritu de un antepasado (7) ó de otro espíritu cualquiera.

Es de observar, además, que estaba prohibido á los israelitas (Ex., 34, 13-15) adorar á ningún otro Elohim fuera de Jehova, ni á ninguna otra figura (8), ya se encontrase arriba en los cielos, ya abajo en la tierra ó debajo de ésta en el

(1) Naturalmente, las circunstancias son distintas en la India, cálida y húmeda, y en el interior del Africa, donde también se nos presenta el becerro como animal sagrado, ó sea, primitivamente, como totem y fetiche del ganadero.

(2) Concepto que arranca del vigor, la impetuosidad y la fuerza procreadora del toro.

(3) Prohibición que se explicaría también desde el punto de vista de un rígido fetichismo. Los teólogos que atribuyen este mandamiento á Moisés admitiendo que otros legisladores y otros pueblos — como Numa, los magos y los persas — también condenaron las imágenes de dioses, no consideran la sospechosa compañía que dan de este modo al fundador religioso Moisés.

(4) Es la misma palabra que con la adición *bad* significa el manto ó ropaje exterior del sacerdote.

(5) Isaías llama esta capa ó revestimiento *sifpái* y *'aphuddá*. También los griegos conocían este género de figuras de dioses (*perichrysa, periargyra*).

(6) Según Robertson Smith, en su obra citada varias veces, página 99, la serpiente sería totem de la casa de David; pero acaso sea una interpretación demasiado violenta de 2. Sam., 17, 25 (\*).

(7) El que, según los griegos, por ejemplo, se suele aparecer en figura de serpiente.

(8) Los versículos 4 y 5 de Ex., 20, están mal cortados; véase Ewald, en su obra ya citada repetidas veces, tomo II, págs. 227 y siguientes.

(\*) En efecto, nada dice de esto el cap. 17 del citado libro. (N. del T.)

agua. Esta prohibición solo puede referirse en sus dos últimos términos á la copia de animales y á la adoración de fetiches en forma de animal, y también el primer término aludiría mas que á los espíritus celestes á las aves, cuya adoración revela totemismo según lo expuesto en las páginas anteriores. Que hacia los últimos tiempos de la historia de Israel se practicó este culto, se desprende evidentemente de Ez., 8, 10 y siguientes; pero es demasiado moderno este dato para poder deducir de él con seguridad que existiesen en el tiempo antiguo imágenes en forma de animales de primitivos antepasados y deidades israelitas. Ciertamente que, según el desenvolvimiento usual de las ideas religiosas, no es probable que Israel se volviese á contaminar posteriormente con semejante culto, pero la posibilidad no puede ser desechada tampoco en absoluto, dada la carencia de otras y mas detalladas noticias.

No existiría probablemente esta incertidumbre si nos hallásemos mejor informados acerca de una antigua imagen de dios israelita de que se hace frecuente mención, el *teraphim*, y que servía, según parece, para consultar el oráculo de Jehova (1). (Jueces, 17, 18; Oseas, 3, 4.) De la narración del ardid empleado por Micol se desprende que hasta la época de David debió de haber en toda casa israelita un *teraphim*, y que su figura era tal que colocada en una cama y extendida sobre ella la cubierta, se podía tomar por la de un hombre dormido (2). Pues que Raquel roba á su padre el *teraphim* (Génesis, 31, 19, 20), y los oráculos de los manes son los mas antiguos, y estos existieron en Israel hasta su destrucción, parece deber deducirse que el *teraphim* fué primitivamente una imagen representativa de los antepasados de la familia, perteneciendo así á la categoría de las imágenes de los manes, los *thevi hestivi* de los griegos; pero esta no es sino una hipótesis que no puede comprobarse.

¡Cuánto camino recorrido desde semejantes conceptos hasta la declaración del Nuevo Testamento, de que Dios no habita en templos hechos por manos de hombres! (*Hechos*, 17, 24.)

#### IV. Los varones de Dios y los oráculos.

En todas las religiones de carácter animista hallamos la creencia, derivada probablemente de los fenómenos del sueño y acaso también influida por la cándida interpretación de ciertos estados patológicos, de que determinadas personas se encuentran de tal suerte penetradas y poseídas de una divinidad (3), que ésta habla por boca de ellas ó concede á su espíritu facultades maravillosas y sobrenaturales y les ensancha los límites del espacio y del tiempo en tal manera, que perciben lo oculto y lo venidero. La forma mas primitiva de este concepto es la de que el génio toma posesión del cuerpo del hombre y se sirve de él y de sus órganos como si fueran los suyos propios. En distintas formas está arraigada también esta creencia en aquellas religiones que han sustituido y postergado á las animistas.

Esta creencia, en las personas que se consagran al servicio de una deidad, que tienen todos sus pensamientos puestos en ella y extreman sus facultades para averiguar su voluntad y prestar vida á sus manifestaciones, produce á su vez esta-

(1) Según Ez., 21, 21, este era el método de consultar al oráculo entre los caldeos. Es desconocida la etimología de la palabra *teraphim*. En el «Léxico bíblico» de Schenkel, tomo V, pág. 497, se da cuenta de las absurdas fábulas de los rabinos sobre el *teraphim*, cuya tradición debió de perderse en época muy temprana.

(2) El antiguo oriental dormiría seguramente, como lo hace aun el de nuestros días, con la cabeza cubierta.

(3) Respecto á clarividencia y oráculos en general, véase Tylor, tomo I, págs. 439 y siguientes, tomo II, 130 y siguientes.

dos análogos á los que le dieron origen, estados de excitación nerviosa en los cuales el espíritu humano sueña despierto y se siente tan extraño á las influencias de lo que le rodea, que las ideas se condensan en visiones, y bajo el dominio de éstas se habla y se obra como inconscientemente, no teniendo concepto alguno de la participación que en todo ello pueda tener la vida de la propia alma.

Este es un estado psicológico que repetidas veces se ha evidenciado también en los pueblos cristianos, particularmente en épocas en que persecuciones religiosas han sido causa de extraordinaria excitación de los ánimos. Es un hecho averiguado, que personas víctimas de semejante estado se manifestaban dotadas de una viveza de fantasía, una sensibilidad y una facultad de hacer instantáneas combinaciones, que les permitían obtener conocimiento sobre cosas ocultas y señaladamente sobre sucesos futuros, como no lo habría logrado un hombre en su normal estado psicológico.

Mas el verdadero terreno propicio para estos fenómenos ha sido hasta hoy el de las religiones animistas. En él encontramos á cada paso esas personas que, porque se sienten desligadas de las leyes del raciocinio normal, tienen la firme convicción de que están poseídas de un sér superior, y son, por lo mismo, objeto de particular respeto, ya que en los pueblos que se encuentran en este grado de religión, es general la creencia de que el estado de clarividencia visionaria que, dada la correspondiente disposición física y psíquica suele manifestarse en discursos y actos ruidosos y extravagantes, arguye que las personas sujetas á él están poseídas de un dios ó demonio, son eco de las ideas de éste y obran como instrumentos suyos. Desconfiar de ellas ó contrariarlas sería ofender al espíritu que en ellas mora.

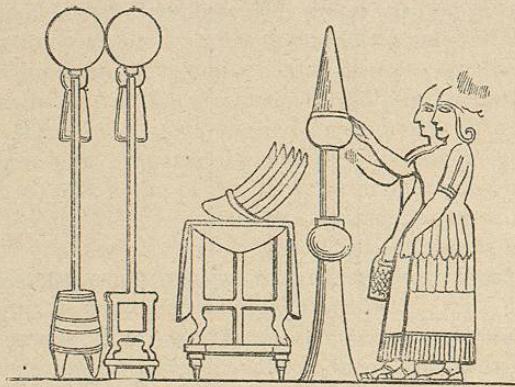
Ahora bien: dada semejante interpretación de este estado, las personas en quienes se produce son los mediadores indicados entre los hombres y la divinidad é indispensables asesores de sus correligionarios. Cuanto menos perfecta conciencia se tiene de Dios como sér que solo obra por los mas elevados fines morales, cuanto menos medios se poseen para juzgar acertadamente sobre causas y efectos en la naturaleza y cuanto menos se conocen los límites de lo posible, tanto mas se siente la necesidad de explorar la voluntad de los poderes superiores para tenerlos satisfechos, apartar daños de sí y aprovecharse de su saber sobrehumano. Si se tiene algun motivo para temer que se ha excitado la ira de un espíritu ó dios, en tal caso también los hombres especiales á quienes han sido otorgadas relaciones íntimas con estos poderes, son el recurso á que se acude en tamaña aflicción. Por ellos se sabe no solo el motivo de la ira, sino también la manera de aplacarla, prestando ellos además su ayuda virtual para lograrlo. Como personas gratas al ofendido son precisamente las indicadas para ello, como tratándose de un poderoso de la tierra lo serian sus favoritos é íntimos.

Allí donde el animismo toma la forma del fetichismo, aparece otra causa que contribuye á la constitución de una clase ó corporación especial de íntimos y servidores de la divinidad. Cuando un espíritu ó Dios fija su morada en un signo ú objeto natural y bendice y castiga desde él, esta morada, para que no pueda confundirse con otros objetos profanos que no estén habitados por un dios, debe ser guardada y cuidada, so pena de incurrir en el enojo del que la habita. Con frecuencia atiende á este cuidado el propio dueño del fetiche; él es el mediador indicado cuando otras personas necesitan el auxilio del dios, y de este modo se convierte en sacerdote, y con el fetiche deja también en herencia su sacerdocio. Mas si el dueño del fetiche es un rey ó un hombre rico, encarga su custodia á un servidor suyo, y si el fetiche pertenece á una familia ó á un pueblo, uno de sus individuos

Las columnas, así como las piedras sagradas y los antiguos lugares de culto pagano en general, perdieron todo carácter ofensivo merced á su adaptacion á Jehova y á su relacion con apariciones divinas y hechos de los héroes. El dictado con que se designa á Jehova, de «guardador de la piedra de Israel» (Gén., 49, 24), debe de hacer referencia ó á la piedra sagrada en Bet-el ó á la masseba de Gilead. Segun Josué, 4, 3 y siguientes, 19 y siguientes, las doce columnas en Gilgal fueron levantadas, en memoria del paso del Jordan, en el lugar donde acampó Israel la primera noche, así como la masseba de Siquem, en memoria de la alianza hecha entre Jehova y el pueblo (Jos., 24, 26 y 27).

De Gén., 28, 18, se desprende que se untaban con aceite las massebas, lo cual significa un rudimento de sacrificio hecho al espíritu que habitaba en ellas; y lo mismo se haria con la sangre de las víctimas, como lo atestiguan el uso de las piedras sagradas en calidad de altares de sacrificios y la costumbre de los árabes paganos de degollar las reses encima de sus piedras sagradas (*'ansáb*) (1).

El poste sagrado se originaria probablemente cuando se



Altar portátil en un campamento asirio, con sacerdotes sacrificando (Khorsabad).

empezó á adorar á algun dios que se creía existente en determinado árbol ó relacionado en cualquiera otra forma con él, en lugares donde no se encontraban árboles de la misma clase. En tal caso dos medios habia para remediar la falta: ó se plantaba en aquel sitio el árbol respectivo, procedimiento tan frecuentemente adoptado por los griegos al fundar nuevos santuarios y que tanto ha contribuido á generalizar ciertas plantas, ó se colocaba junto al altar un pedazo de madera del mismo árbol. Que esto último era tambien costumbre griega, nos lo prueba el empleo de determinadas clases de madera para labrar imágenes de dioses (2). Nada sabemos acerca de si el poste sagrado de los antiguos israelitas tuvo ropaje, como el de los griegos y otros pueblos de la antigüedad; mas parece poco probable que el *aschera* alcanzara este desarrollo de la imagen de la deidad. El que tantos teólogos no sepan reconocer en el *aschera* el tan extendido poste sagrado, y se figuren que es una diosa cananea (3), débese á que los autores deuteronomistas usan con frecuencia la palabra *aschera*, en sus convencionales juicios históricos, para designar una imagen de Astarté. Pero en todas partes donde escribe un autor mas antiguo, que ha sido todavía testigo presencial del antiguo culto israelita, *aschera* signifi-

(1) Freytag: «Introducción al estudio de la lengua árabe,» Bonn, año 1881, págs. 360 y 361.

(2) Así se explica tambien el uso de ciertas clases de madera para los holocaustos.

(3) Las fantásticas conclusiones de F. Movers han contribuido especialmente á esparcir esta creencia.

ca simplemente el poste sagrado, y las palabras empleadas para expresar su ereccion y remocion, «plantar» y «talar,» no permiten duda alguna sobre este punto. Además, de pasajes como Ex., 34, 13; Deut., 7, 5; 12, 3 y 4; 16, 21 y 22; 2. Reyes, 13, 6; 18, 4; 21, 7; 23, 6 y 15, se deduce que estos postes estaban colocados junto al altar de Jehova.

Cuando vemos que autores deuteronomistas no entienden ya la palabra *aschera* (4), no es de extrañar que carezcamos de toda tradicion acerca de la figura del poste sagrado. Reproducimos aquí la representacion de una escena asiria de sacrificio, en la cual dos sacerdotes untan con aceite ó con sangre un objeto del culto, el cual, segun su forma, hemos de considerar como un poste sagrado. Es posible que el *aschera* del antiguo Israel tuviese igual ó parecida figura.

Toda duda acerca de la existencia en época primitiva de una verdadera adoracion de espíritus superiores al hombre, que habitaban en estos objetos naturales, fuentes, árboles y piedras, y de su relacion con el culto de los antepasados, desaparece al considerar que en tales lugares, á pesar de las revoluciones que partiendo de la Tierra Santa han conmovido todo el mundo, aun hoy se practican usos religiosos que no pueden ser interpretados de otra manera y que son idénticos á los que encontramos en el culto de piedras, árboles, leños, fuentes y demás. San Jerónimo nos refiere que todavía en su tiempo, judíos y cristianos, fenicios, árabes y paganos dirigian plegarias á la encina de Abraham; bajo sus ramas se encontraba una fuente sagrada, á la cual arrojaban, á manera de ofrenda, monedas y panes de sacrificio. Cuando Elena, madre de Constantino, presenció este culto, la ofendió de tal modo, á causa de su carácter pagano, que obtuvo de su hijo que se quitara de allí el árbol de Abraham y se edificara una capilla cristiana en su lugar. Pero tales árboles, como las ideas de que son representantes, no desaparecen á meros hachazos; cuantas veces se intenta destruirlos, otras tantas vuelven á brotar y crecer, y así existe ya en Hebron otra encina de Abraham. No siendo permitida la entrada á los peregrinos judíos y cristianos en la cueva de Makhpelá, y no pudiendo, por lo mismo, presentar personalmente sus oraciones ante el sepulcro, arrojan tiritas de papel con sus nombres—á guisa de tarjetas de visita—por una ventana practicada en la pared de la mezquita. En general, es todavía muy viva en la Palestina entre los individuos de todas las religiones é iglesias, la fe en la intercesion que se obtiene de los santos por medio de peregrinaciones á sus sepulcros, y todos los años se efectúan estas peregrinaciones, así como aun en nuestros dias se cuelgan ex-votos de los árboles sagrados (5).

Está, pues, fuera de duda que en todas partes el culto de Jehova sustituyó al de otro númer, y en la mayor parte de los casos al de un héroe de tribu; así no deja de tener su fundamento la afirmacion de los profetas escritores, desde Oseas hasta Ezequiel (16. 20), de que el culto israelita de los altos es cananeo. Las fuentes y los manantiales, las piedras, los árboles y los sepulcros sagrados proceden, pues, de aquel culto semítico de espíritus y antepasados que precedió al politeísmo semítico, formando en una serie de conceptos reli-

(4) En la version de los LXX, y segun ésta en Lutero, significa soto.

(5) Así, por ejemplo, hubo una peregrinacion judía al sepulcro de Ben Jochai, en Meron, junto á Tiberiade, en rogativa de lluvia, en mayo de 1882. Sobre este lugar judío de peregrinacion y los sepulcros que se encuentran allí de los rabinos Jochanan Sandelar, Simeon ben Jochai, Eleazar é Hillel y sus discípulos, véase Socin-Bádeker, pág. 274; Ebers y Guthe, tomo I, págs. 343 y siguientes. Al sepulcro de Raquel peregrinan las griegas en busca de su intercesion para obtener los gozes de la maternidad. Sobre todo encontramos abundantes indicios de esta forma del culto de los antepasados en la Palestina occidental. Respecto de los beduinos, véase Conder: «Tent Work,» tomo I, págs. 20 y 116; tomo II, pág. 289.

giosos que abarca desde el lago de la diosa siria en Hierápolis y desde la piedra de la de Pafos, hasta la adoracion de la fuente Zamzam y de la piedra de la Caaba en nuestros dias, y de que son ejemplos, asimismo, tanto la morera sobre la tumba de Nino, como las costumbres actuales de los no-airitas (1) y la vieja que nos refiere Wetzstein, en su viaje por las Traconias, que engañó al Scheik Serátsch (2). Así como la diosa de la luna en Hierápolis vino á sustituir á un espíritu ó génio de las aguas, y en Pafos le fué atribuido un antiguo fetiche de piedra, del mismo modo Jehova, en los santuarios de Siquem, Bet-el, Gibeon, Hebron, Beerseba y

demás, ocupó el lugar de númenes adorados en esos sitios anteriormente.

Un paralelo mucho mas instructivo nos ofrece la adaptacion de antiguos cultos griegos y romanos á deidades celestes, proporcionándonos al propio tiempo exacta correspondencia con las leyendas sagradas de aquellos santuarios israelitas. Refléjase, asimismo, la sustitucion del culto de un demonio ó génio por el de Apolo en los combates de éste con Forbas y la serpiente Piton (3), como tambien en la leyenda que refiere que Minerva puso la serpiente de Erictonio, esto es, el héroe adorado allí desde antiguo como *numen*



La encina de Abraham junto á Hebron

*loci*, en calidad de guarda junto al olivo sagrado. Igual carácter tienen las muchas leyendas de transformacion de perso-

(1) Véase la descripcion del médico francés Lortet en: *La Syrie d'aujourd'hui*, Paris, 1884, pág. 47: *Ils ont horreur des pèlerinages, par haine de l'islamisme, mais ils ont, développé à un haut degré, le culte des morts et le respect des tombes; comme les musulmans ils accrochent aux rameaux de certains arbres des ex-votos qui ne sont que de guenilles, et témoignent ainsi de leur vénération pour les ombres à l'abri desquels leur chefs et leurs saints se sont accroupis pour prier.*

(2) «Revista del conocimiento general de la tierra,» 1859, pág. 139: «En medio de los sembrados se ve, rodeado de banderolas que ondean á impulso del aire, el sepulcro del santo local Scheik-Serák, el dispensador de la justicia y del orden en aquellas poblaciones rapaces, el que, segun su creencia, castiga en el acto con la muerte á todo hombre ó animal que se apodera del sembrado ajeno. Es indescriptible el temor que inspira este santo, y la casualidad me ofreció una prueba de ello. A ejemplo de los árabes, montaba yo, en aquella tierra, mi caballo sin bocado, para que cuando me parase ó apease para examinar algun objeto, pudiese él pastar. Cuando atravesábamos los sembrados hacia las tiendas de Gejât, y los beduinos buscaban un vado al través de los pantanos henchidos por las últimas lluvias, aproveché mi caballo la ocasion y empecé á comer de la hierba. Precipitose entonces una mujer sobre él y le hizo levantar la cabeza, gritando: «¡No lo creas, Scheich Serátsch! (así se pronuncia allí el nombre Serák;) lo juro por el gran Dios, el caballo no ha comido nada.» Todos los circunstantes dieron testimonio de

nas queridas de los dioses en animales y árboles consagrados á las mismas deidades. Tambien el Júpiter Feretrio substituyó á un antiguo númer junto á la encina capitolina, como se desprende con toda claridad de la leyenda de Rómulo. Mas no hay ninguna otra leyenda que se aproxime tanto á la interpretacion bíblica del árbol de héroe aplicado á Abraham, como la de Filemon y Baucis. En la propia leyenda del árbol sagrado de Siquem está indicado directamente, cuando menos, un cambio del objeto del culto. Al pié de aquel árbol, que solo pudo convertirse en lugar de culto israelita despues de la época de Abimelech, enterró Jacob, segun Gén., 35, 4, los dioses ajenos á su regreso de Mesopotamia (4), y Josué (24, 20 y siguientes) levantó allí la piedra en testimonio de la alianza hecha con el pueblo para adorar únicamente á Jehova.

Esta sustitucion de los antiguos númenes en los grandes santuarios de Israel por el culto de Jehova, es la mejor prueba de que la comarca occidental del Jordan no se hizo israelita

lo mismo, engañando al Scheich y eximiendo de esta manera á mi caballo de la pena de muerte.»

(3) Véase Bötticher, págs. 186, 187, 204 y siguientes.

(4) Ya observado por Bötticher, págs. 522 y 523.